

Quo vadis, lenguas clásicas? (un camino útil, todavía)

Víctor Valembois

*... en ciertos momentos seamos griegos
o seamos hijos de Palestina:
cuando admiramos a Fidias,
cuando recordamos a Cristo.*

Omar Dengo (Costa Rica, 1888-1928),
de *El maestro y la Política*

1. Un paso atrás para dos adelante

La gente suele señalar que si nos habláramos más, nos entenderíamos mejor. Pasa que también tiene que haber comunicación (verbal o no), traslado de información de un polo a otro. Desde Aristóteles se sabe: las buenas intenciones no bastan y en última instancia, no es el emisor o codificador quien manda, sino el receptor: él verá si emite signos, lingüísticos o no, de aquiescencia o de rechazo, incluyendo el silencio elocuente. Entre los dos debe existir un código, acordado aunque sea inconscientemente en común. Lo contrario pasa, por ejemplo, cuando se pone una emisora de televisión sin entender la lengua: el otro pareciera hablar “en chino”, como con prejuicio se evoca entre otros en español.

Claro, queda la imagen y la transmisión de información en el plano no verbal: sin embargo, para nosotros los nacidos antes del televisor, *por ende* formados en la cultura del verbo, el *logos* (hasta con mayúscula), no nos cabe duda: aquello de que, supuestamente “hay más en una imagen que en mil palabras” constituye toda una trampa, un peligroso mecanismo presto a la manipulación, hasta amarillista. La palabra dice (o no), pero ofrece esencialmente más capacidad metafórica, ver más allá de sus narices. Como sea, respecto de los dos sistemas de comunicación, simultáneos o no, no son pocas las voces de escepticismo. Para el plano lingüístico, que interesará aquí, en una clásica frase, el extravagante surrealista André Breton afirmaba incluso: “constituye un malentendido frecuente entre los hombres creer que la comunicación se hizo para entenderse.” Con un tono más amable, Peter Benary postula que “el malentendido es la forma más frecuente de comunicación entre los hombres”.

La comunicación no es cosa simplemente de etiquetas, fotocopias como quien dice, verbales, cada una, relacionadas con objetos en una realidad también única. Se trata más bien de percepciones, es más, de valoraciones. Comparándolas, aquello ocurre diferente, lengua por lengua. Cada una posee una gama propia de registros del habla; a su vez cada hablante tiene un uso distinto de aquel arsenal, según su propio nivel y temperamento. Sugerente resulta entonces la afirmación de José Saramago, en el sentido en que “el verdadero milagro es que los hombres sean capaces de hablar sin volverse locos”. Hagamos el intento, entonces, a pesar de todo...

Parece mentira, pero para progresar, respecto de la posibilidad de comunicación profunda, y de allí de entendimiento, defenderé aquí la tesis de que, por lo menos en el hemisferio occidental, grandemente influenciado por la civilización greco-latina, es conveniente partir de esta herencia y de su decodificación propia, cosa de lograr, de allí, una mejor comprensión entre todos en adelante.

Problema concomitante, cada vez más agudo, ahora, gracias a la revolución tecnológica con sus múltiples aplicaciones a lo informativo, posiblemente hay más intercambio, cuantitativamente, mediante una gama mayor de recursos, pero dudo que estemos progresando en comprensión profunda. La rapidez puede constituir ventaja como trocarse en trampa, pero no cambia, en esencia, la dificultad apuntada. Superada la distancia física, el asunto consiste en cómo lograr la proximidad en el corazón, aunque “el otro” esté sentado al lado o en el asteroide XZ415. Nos auto- y mutuo-engañosamos con eso de confundir hablarse con comunicarse. Históricamente ha resultado muy peligroso el juego: con las mismas palabras de “libertad, igualdad, fraternidad”, de clara ascendencia latina, juzgaron mundos mentales muy diferentes, los romanos, los filósofos del Siglo de las Luces y se sigue haciendo en la actualidad.

2. Nosotros los radiólogos ...

El filólogo es para la lengua, lo que el radiólogo para la medicina: donde este ha sido preparado para distinguir en una placa en blanco y negro lo normal frente a lo desviado y peligroso, aquel ha sido capacitado para ver en determinada expresión o unas cuantas letras no solo las profundas raíces entre grupos de lenguas, sino además las sutiles afinidades entre una palabra, o parte de ella, y otra, aparentemente distante. De allí que, para evitar al máximo el escollo de las confusiones, el hablar por hablar pensando que nos comunicamos, Sartori tiene una sugerencia:

el significado originario no es nunca una quimera o un capricho. Cuando acudimos a la etimología estamos seguros de empezar sobre fundamentos genuinos. Por otra parte, preguntarse sobre el sentido original de un término (...) sólo constituye el primer paso de una investigación¹.

Lo mismo vale en cualquier lengua, como en inglés: si supiera la mayoría de alumnos que *goal* significa “meta, objetivo”, quizá aprendería a estudiar en función de objetivos, y no con miras a una nota o un título, como sinónimo de ascenso social.

Pero con mayor razón esa sugerencia es válida para el latín, aquel idioma que por razones históricas, durante más de mil años ya, estuvo oxigenando las otras lenguas surgidas también en el contexto europeo. Hagamos la prueba: “comunicación” y “comunión”, dos términos muy de moda, no por casualidad comparten hasta unas letras con el sustantivo comunidad. Como reza el lema publicitario: ¡algo tenemos en común! Respetando entonces esa huella profunda, sigamos subrayando esa afinidad en busca de resultados, con o sin implementos, accesorios y “medios de (in-)comunicación”. A mí, formado en el ámbito de la filología, no me sorprende el enlace que se visualiza y sigue intrigando. Este enfoque profesional y –postulo aquí– recurso provechoso para la mayoría pensante, le proporciona a uno una increíble capacidad metafórica. Es aquello de transportar(se) mentalmente de un campo a otro, de una dimensión a otra: lo sugieren con toda claridad los elementos *meta* y *forein*, componentes griegos del vocablo.

¹ G. Sartori, *Teoría de la democracia, El debate contemporáneo*, p. 41. Me he permitido darle más coherencia a la traducción de esa idea.

El radiólogo-filólogo, lo mismo que todo hombre medianamente instruido, siempre ve más y mejor que el común de los mortales: al investigar el origen del término “religión” (de *religio*, en latín), se sensibiliza uno para su esencia, a partir de sus dos componentes significativos: primero, el “re-” que aquí no significa hacer de nuevo, sino da énfasis en la acción. Luego, la “liga” apunta a la idea de solidaridad interna. En este mismo marco: si uno sabe que “mártir” proviene de “testigo”, en griego, ¡qué profundidad mayor alcanza el término!

Por sorprendente “radiografía” etimológica también se confirma, por ejemplo, una afinidad entre “madera” y “materia”. Del primer término derivan *madero* y *maderable*, entre otros, dando como resultado el papel, que se saca del árbol, sobre el que hasta hace poco se solía escribir todo. Aquí esa “madera” constituye entonces parte de la forma del mensaje. En cambio, la “materia”, con términos afines como *material*, *materia-lismo* y *materializar*, representa el fondo al que se refiere mi comunicación escrita. ¡Qué inaudito, para el lego, ese acercamiento entre su objeto de estudio y el árbol! En otra parte², he estudiado la influencia permanente que nos ha quedado de esa vivencia tan cercana al árbol: de la hoja de este a la hoja electrónica, ¡tremendo paso se ha dado! La etimología nos vuelve a descubrir esta cercanía como recordatorio de dónde viene nuestra manera de actuar, de pensar y de hablar.

Es bueno recurrir a la etimología, porque significa ver por dentro. Todo estudio universitario genera una manera de ver, en profundidad. Ahora bien, para cualquier disciplina, el castellano o español (como el inglés o cualquier idioma, en otro contexto) es la herramienta requerida entre dos profesionales. Su praxis puede haber evolucionado hacia una auténtica lengua especial, pero supone la primera, su lengua materna. Desde este punto de vista, el educador, en cualquier materia, que lo quiera o no, se lo imagina o no, es también un profesor de lengua³. “Necesito la palabra amasada con la harina del idioma nativo” declaraba un artista costarricense, afamado grabador⁴. Es conveniente forjar esta actitud.

No resulta imprescindible, pero ayuda siempre a quien de verdad desea conversar más allá de lo superficial. Estoy en Colombia y me cepillo los dientes con “kolynos”. Por su mismo nombre esa etiqueta comercial refiere a “dientes”, en griego. Interesante para mí, inevitablemente también algo de-formado en el estudio filológico. Ahora bien, al lado de este saber, ¡de repente para muchos resulta más útil, en este caso, desarrollar una mente socio-política y constatar, que se trata de otro producto del oligopolio Colgate-Palmolive, en América Latina! Como sea, esa penetrante mirada “radiológica” –hasta en el corazón de las palabras– siempre será un valor agregado.

3. “Allí está el detalle”: las connotaciones y las interferencias contextuales

Las lenguas son como grandes redes de pescar y conviene atrapar hasta los peces chiquitos. Agarrar solo los grandes puede satisfacer temporalmente el “hambre”, en este caso, de noticias o de información, pero aunque parezca lo contrario, no constituye lo esencial. Pasa lo de esa comida chatarra o rápida: quita temporalmente la sensación de

² El estudio aludido se publicó en: “De la arboricultura a la cultura tecnológica: una huella indeleble”, *Herencia*, Costa Rica, vol. 11, año 2000, n° 1-2, pp. 195-201.

³ Cita de mi Maestro, contextualizada en: “Isaac Felipe Azofeifa y la educación vital”, en *Revista Nacional de Cultura*, Costa Rica, n° 30, agosto 1997, pp. 9-15.

⁴ Francisco Amighetti, *Obra Literaria*, Editorial Costa Rica, p. 438.

hambre, pero en realidad no viene balanceada en cuanto a sustancias, a veces ínfimas, que el cuerpo ocupa en permanencia; lo mismo, con la alimentación espiritual, en este caso, la comunicación de verdad. De allí la importancia de lo que Hjeltslev llamó “connotación”, refiriéndose a esas adherencias que se le pegan a la lengua a través de su devenir histórico.

Es conveniente descubrir y valorar los matices en la comunicación. “Allí está el detalle” señalaba Cantinflas, en su caracterización de un personaje justamente opuesto al ideal postulado aquí: el hablantín esconde su sustancial incultura detrás de la verborrea (término que por deformación asocia uno directamente con otro, con igual sufijo griego, reservado al ámbito proctológico). Pero si la Real Academia de la Lengua incorporó el vocablo “cantinflear” al acervo español, se debe a que añade un matiz, frente al “hablar” o “conversar”, lo mismo que “conferenciar”, “dialogar”, “discutir”, “parlamentar”, términos con claro ascendente latino. En rigor no existen “sinónimos”; siempre prevalece una sutil diferencia. En el caso aludido, la abundancia escamotea la ignorancia...: ¡viva la importación de ese vocablo!

Ocurre a veces al contrario: que se fabriquen palabras inútilmente. Disponer, aunque sea de rudimentos de latín y de griego ayuda mucho a la comunicación verdadera, donde la calidad impera. Por eso se llaman lenguas “clásicas”: aunque ya no les respalde prácticamente un pueblo hablante, a través de siglos han probado su importancia. De hecho, siguen impregnando los términos hoy en día, en todos los campos. Lo que pasa es que la moda puede esconder desconocimiento: por muy progresista que parece el término de “feminicidio”, por su referencia directa a la matanza de una mujer, en la práctica, aquello, histórico, de “uxoricidio”, el asesinato de la cónyuge, significa exactamente lo mismo. Expresarse bien implica entonces tener en cuenta que, con base en la genética de la lengua, en este caso, el griego y sobre todo el latín, para el español, no es lo mismo referirse a la “esposa” que a la “señora” o a la “compañera”, etc. De allí que quien muestra interés por esos idiomas “muertos”, en realidad se pone “vivo”, alerta, tanto ante los cambios que se imponen como ante tendencias que permanecen.

Se complica el panorama, dirán algunos, o se enriquece (depende del punto de vista, pero prefiero la segunda opción), cuando se maneja varios idiomas. Entonces ocurren interferencias entre cada una de ellas: no es lo mismo un *affair* en inglés que una *affaire* en francés, pese a que los dos remontan al latín. ¡Resulta maravilloso, para el versado, tocar una especie de órgano políglota, con base en los matices e interferencias de un idioma a otro! Claro, quédese el apurado-insensible con lo chato y evidente, monocorde, ¡allí donde existe la polifonía! Es también cuestión de contexto: para los que tuvimos el privilegio de una educación clásica, no “suena” igual decir “no temas”, en español⁵, que el “ne timeas” latino, por la connotación complementaria que provoca con recientes mensajes papales, partiendo desde luego de la misma Biblia. Apliquemos a ambos casos aquello que señalaba un graffiti reciente: “el monolingüismo es una enfermedad curable”.

Cuanto más uno profundiza, para “atrás” en el conocimiento de las lenguas clásicas, más avanza, en realidad en sensibilización para el manejo de derivados actuales y mayor resulta la destreza para construir, adicionalmente: entiéndase que la lengua se cultiva cada día en fineza, en sutiles matices, más allá de la simpleza de una supuesta lengua

⁵ Expresión sacada de Ospina, Helena: *¡A la mar!, Crisol, Fuego, Gemas y Splendor formae*, poemarios publicados en Editorial Promesa, San José, Costa Rica, entre otros, todos de 1995.

universal de los gestos y más allá de rudimentos, de inglés o del idioma que sea, de turno, por ejemplo en el aeropuerto. En todo caso que la valoración siempre positiva del latín y del griego de ningún modo puede ir en detrimento del aprendizaje de una o más lenguas de alcance mayor al inicio del siglo XXI.

El término “latino” hoy connota una serie de vivencias dentro de una manera de vivir, de ser y de pensar. Por de pronto, ese vocablo no lo pusieron los hispanoamericanos, como suelen pensar. Así como *there is no free lunch*, diagnóstico frecuente en el mundo anglosajón, tampoco las etiquetas lingüísticas son gratis: aquello (bastante excluyente, por lo demás) de “latinoamericano” fue invento decimonónico, concretamente del imperialismo francés, para legitimar su invasión en México⁶. Ahora, específicamente cuando se pone la expresión en contexto contrastivo con el *American way of life*, refiere desde una música a una manera de relacionarse con el otro, con peligrosos prejuicios y estereotipos. Ejemplo: aquella simplificación del “latin lover” frente a la supuesta frialdad de los nórdicos.

Hasta qué punto todo ello remonta a lo “latino” en los siglos primeros de nuestra era, con arquitectura, arte, etc., diferenciados de los demás, lo “bárbaro”, por un lado, lo “bizantino” por otro, debe inquietar a quien mira más allá de oportunismo político y de vil aprovechamiento mercantil. Pero no se puede negar que detrás de esos usos y abusos trasluce la herencia de siglos de imperio romano. El que quiera valorar bien la realidad de hoy, por ejemplo el estudiante de la “Universidad Latina” en Costa Rica y Panamá, mal haría en desconocer esas realidades crecidas históricamente. Entre pueblos que se dicen “latinos” debería prevalecer no necesariamente un culto a sus orígenes, el Latio de los romanos o latinos, sino una voluntad de compenetración con una manera de ver y sentir la realidad. Lo que pasa es que, como dicen en francés, *ils y perdent leur latin*: están quedando mudos por no entender.

4. Esfuerzos “globales”, con base, entre otros, en los idiomas clásicos

Se proclama con facilidad que ahora el mundo es uno, como si no hubiera habido intentos anteriores en este sentido⁷. La primera postulaba el griego (en versión de *koinè*) como soporte: fue el empeño titánico de Alejandro el Grande. Cantidad de vocablos y conceptos legó esa primera “globalización”. Piénsese tan solo en tres conceptos claves en cantidad de idiomas modernos (*cosmos, polis y democracia*), en acepciones que desde luego han evolucionado. Cabe añadir otros, como los nombres y topónimos todavía actuales y universales de (H)elena, Hércules, Dionisio y Alejandro. Proviene de ese tronco “global”, junto con toda la mitología y las figuras relevantes de la cultura griega desde Homero. Ahora resultan patrimonio universal vocablos como: *lacónico, hegemónico, filípica, sátrapa* y hasta *paraíso*; conceptos o expresiones como *nudo gordiano, cinismo, ostracismo, comedia y tragedia, catarsis*, y otros más, igual que visiones centrales de varias ciencias como *filosofía, antropología y política*. Piénsese también en la *paidea*, con sus derivados de “pedagogía” y la maldita “pedofilia”; luego en expresiones como un *caballo de Troya, alfa y omega*, un *sátrapa*, ... todo un importantísimo bagaje verbal y mental. Como sistema de divulgación de información, es digno de mencionar que términos ahora tan

⁶ Resulta interesante, al respecto, leer la estupenda novela *Noticias del imperio*, de Fernando del Paso: la referencia al oportunismo maquiavélico del nombre se encuentra en la p. 226 de la edición de Mondadori, España, 1987. Por lo demás constituye un dato conocido para las ciencias sociales.

⁷ Ver mi publicación: “La incidencia idiomática de diversas globalizaciones”, *Estudios Filológicos*, Universidad Austral, Valdivia, Chile, n° 37, 2002, pp. 151-167.

corrientes como *academia*, *liceo* y lo *peripatético*, nacidos hace más de 2 300 años, se mantienen en boga e implicaban un *método* (otro término de entonces) esencialmente oral.

Otra grandísima “globalización” de la que seguiremos siendo tributarios es la del cristianismo, anclado sobre el Imperio romano, esta vez, con base, principalmente en el latín, para ambos. Es inconmensurable el impacto del mundo romano, todavía en nuestro quehacer: desde “palacio” (con sus equivalentes en la mayoría de los idiomas actuales y que ya nadie asocia con el monte Palatino), hasta estructuras, por ejemplo en el Derecho romano, todo pasando por el mismo nombre de lo “latino” como comentado. Pero que nadie, a inicios del siglo XXI, infravalore la influencia del Cristianismo como componente de esta segunda “globalización”. Eso explica cómo pese a la incidencia de términos armenios (*Jesús, Marta, María, Ester, Judith, amén, hélas*) y griegas (*Biblia, Evangelio,...*), la lengua dominante llegó a ser el latín, especialmente en su versión “vulgar”, entiéndase, popular.

5. Más allá de modalidades, seguir separando el grano de la paja

Resulta interesante observar en este mismo contexto la terminología nuestra acerca del significar e interpretar, creada en la época únicamente oral, en cuanto a sus connotaciones y denotaciones originales. El verbo “escribir” en español, el equivalente *écrire* en francés, como el *scribere* en latín, provienen de una raíz indo-europea (*sker*) que significa “grabar, hacer incisiones, dejar huellas...”. De igual modo el verbo “leer” en español, el equivalente *lire* en francés, como el *legere* latín y el *legein* griego resultan de una raíz indo-europea (*leg*), “coger, elegir, juntar, cosechar...”. Ambos verbos, ambas raíces, en su esencia, tienen como referentes sendas operaciones semiológicas: la primera, la de codificar, de poner signos para que se vean y se separen unos de otros; la segunda, decodificar lo anterior, distinguiendo unos rasgos frente a otros.

Pero en ningún caso ambas actividades presuponen la existencia previa de algún vehículo específico de comunicación, menos exigen la comprobación de elementos lingüísticos. Al contrario, su existencia y su origen, más que auditivos, se revelan como visuales; más que verbales-abstractos se muestran directos, casi que palpables, ligados a una vivencia en estrecho contacto con la naturaleza. Igual ocurre con el equivalente primero en griego: *grafein*, grabar, y con los derivados latinos de *legere*: *intel-legere*, etimológicamente la acción de escoger, discernir, como se cogen o cosechan productos y *neg-legere*, lo contrario: no cosechar, no elegir. Estos verbos, con cantidad de afines, cada uno, llegaron a evolucionar forzosamente por el cambio mismo en técnica comunicativa.

Ahora bien, la gran cantidad de recursos de comunicación a nuestro alcance, su evolución vertiginosa y su interferencia permanente, nos obligan a replantearnos constantemente el conjunto de nuestras formas de significar (eso es: utilizar signos) en el mundo. Bill Gates propugna *the paperless office*, tesis que, aunque sea por el ahorro de papel (e indirectamente de árboles), debemos apoyar. Nos lo subraya también la etimología: seguimos leyendo, escogiendo significados, en la pantalla de la televisión y del computador, y escribiendo en forma digital, es decir con el “dedo”, aunque este se ha metamorfoseado en pluma electrónica. Pero ojalá este cambio de forma no nos deje engeguernos por la cantidad, en vez de la calidad; de lo contrario, el abandono de la madera nos habrá dejado sin materia... La etimología –ciencia de las raíces de las palabras– para nada resulta por tanto anticuada, sino constituye una herramienta vigente para entender además la inevitable relación lengua-pensamiento, tal como creció entre nuestros mayores y cómo sigue evolucionando entre nosotros mismos. A

partir de allí contribuiremos a codificar y decodificar con más precisión. Desde luego, al respecto, el estudio del pasado, se hará desde una perspectiva diacrónica y en función del aquí y ahora.

6. Para una mundialización humanista, de raíz sustancialmente cristiana

Es curioso, por de pronto, cómo esa formidable “mundialización”, anterior al “Descubrimiento de América” y a la actual “globalización”, sobre un sello esencialmente romano y latino, lleva también un nombre griego, todavía muy en boga: *católico*, literalmente “sobre toda la tierra”, por lo demás, mandato del Libro de los Hechos (1:8). Desde este punto de vista se entiende el empeño que pusieron los Apóstoles a convertir a todos en el ámbito que ellos manejaban como “el mundo”; igual lo hicieron los padres espirituales de la Europa del norte, en travesías azarosas, extendiendo el límite; de igual modo lo entendieron esos padres, franciscanos los primeros, que tomaron el *docete omnes gentes* literalmente, también en el Nuevo Mundo.

Así, entiendo yo que debemos seguir en el empeño, ahora creyentes, cristianos y otros, convencidos del humanismo espiritual, ya no en una batalla cuantitativa y donde sea, sino directamente en nuestro entorno, a diario. Pero para ello, pensemos un momento, entre todos, en el mundo universal al que conviene contribuir a construir. Como siempre, la misma etimología enseña el camino: desde la posición que ocupamos cada uno, volverse, volcarse hacia lo que nos une (*uni-versum*), lo esencial humano en todos. De mi parte, no me conformo con esa bóveda asfixiante de macro-estructuras económicas que, pretenden, nos rige. Tampoco me convencen esos jueguitos formales, aprovechando solamente la tecnología, con etiquetas atractivas pero un tanto vacías tipo @gape y @gora.

La “globalización” que yo propugno se basa curiosamente no tanto en variables comerciales ni tecnológicos (sin oponerme a ellos, ni muchos menos). La valoración de la persona y de las comunidades con las que convivo, en búsqueda humanista más allá de escaparates alienantes, se apoya grandemente en la afinidad etimológica de tres términos: lo *económico*, lo *ecológico* y lo *ecuménico*, triada de términos que se basan en una común raíz griega de “la casa” (*oikos*), siendo el habitat para todos, con una economía a escala humana⁸, una ecología que vaya hacia la defensa verdadera de todo el planeta como nave única, y por último, un ecumenismo de fuerte raigambre cristiano. Por eso, más allá incluso de un creciente laicismo que se impone, uno no comprende por qué la ausencia de la mención, siquiera, del cristianismo en la Constitución europea. Se puede ignorar la raíz de dónde venimos, pero no se la puede cortar. En el contexto político europeo del momento, el oportunismo o la prudencia respecto de otras religiones, con mirada hacia el futuro, no debería tergiversar una realidad manifiesta en el presente, anclada a siglos pasados. Hasta para Jean-Paul Sartre y Fidel Castro, ateos confesos, la civilización occidental no se concibe sin la herencia cristiana a lo largo de veinte siglos.

7. “La lengua es compañera del imperio”

Como lógica consecuencia del binomio imperio romano-cristianismo de manera tan fuerte y duradera a principios de nuestra era, el movimiento cultural-artístico justa-

⁸ Sugiero al respecto un artículo mío: “Lectura humanista y civilista de *Lo pequeño es hermoso* (a los treinta años del clásico de Schumacher)”: texto aceptado para publicación por la *Revista de Filosofía* de la Universidad de Costa Rica, 2004. .

mente llamado “re-nacimiento”, de similar impacto diez siglos más tarde, implicó la voluntad también de retomar aquellas lenguas clásicas. Prevalecía una *lingua franca* que a Erasmo, a Tomás Moro, Vesalio y Mercator entre otros (todas figuras de proa muy condicionadas por esa “Flandes” en la Europa del norte, entonces), les permitía ir de universidad en universidad, en todo el mundo conocido de entonces. En aquella época de sensación global, más allá de fronteras, el latín jugaba un papel crucial como vaso comunicante y elemento aglutinador. Pero el mismo Carlos V, figura clave en el quehacer político de las primeras décadas, por mucho que en toda su biografía se esmeró por mantener la unidad de un mundo cristiano, se dio cuenta que el latín, si no tenía las horas contadas como patrimonio cultural. En términos geopolíticos había de ceder: el Emperador, coronado en Roma, ante la protesta del embajador francés que esperaba un discurso en latín, se dirige a su audiencia en español, idioma entonces no solo practicable en muchos territorios recién “descubiertos”, en un territorio sin confines, donde no se ponía el sol⁹.

En ese mismo siglo XVI, al francés Montaigne le daban el desayuno y demás servicios en latín. Hombre ejemplar en la crítica de su propia época “global” *avant la lettre*, fue universal como pocos, no solo por aquello de la prístina educación clásica, sino por su propia visión de mundo preparada para discernir, “leer” dijimos, lo bueno de su propia civilización como también lo valioso de esos otros seres humanos allende el mar. Vale la pena retomar sus *Ensayos*, confrontándolos, ahora, con la nueva globalización en la que estamos. El francés, lengua romana imposible de pensar sin la cuna en Roma, como eje idiomático “mundial” resultaba evidente entonces y durante el “Siglo de las Luces”. Sus huellas fueron profundas, hasta tal punto que Metternich, hablante nativo en alemán, con motivo del Congreso de Viena, en 1815 se preguntaba “por qué no todos hablan francés?”. Ahora, *n'en déplaie* a los francófonos, incluso en círculos diplomáticos, este brillante idioma de Corneille, Racine y Molière, de Montesquieu, Voltaire y tantos otros, confirma el diagnóstico, nada cariñoso, pero que le escuché a un francés, de que se trata de *la plus vivante des langues mortes*. Y aquello de *ce qui n'est pas clair n'est pas français* es puro racismo. Desde el siglo XIX está en marcha un motor que todavía no se ha parado: con el imperio británico y ahora con la avasallante influencia norteamericana, por doquier se impone el inglés.

Más allá de número de hablantes, es “la lengua, compañera del imperio”: relación ya subrayada por Nebrija¹⁰, antes mismo del descubrimiento del Nuevo Mundo, ahora todavía de patente actualidad. No tiene remedio lamentarse como Rubén Darío, paladín del español: “¿pero tantos millones hablaremos inglés?”. Tampoco cabe aspirar al latín nuevamente como lengua universal. Las lenguas nacen, viven y mueren, igual que la gente que les da soporte: el idioma del Latio y de Roma ha perdido esa base sustancial. Ahora la nueva lengua con viento en popa es la de Shakespeare, por lo menos claramente en el hemisferio occidental, empujado por el contexto político y comercial de una globalización mal entendida, sostenida además en un vertiginoso desarrollo tecnológico. “Pasamos de los latinajos a los anglinajos”¹¹.

⁹ Ver mi estudio: “Carlos V de Flandes y su peculiar vivencia de las lenguas (lecciones del Siglo XVI, a la hora de otra mundialización idiomática)”, en *Romanesque*, Bélgica, 4° trim. 2000, pp. 41-50. Reproducido en la *Revista Estudios*, UCR, n° 16, 2002, pp. 25-34.

¹⁰ Ver una publicación mía: “De Nebrija al anglicismo en América Latina”, revista *Comunicación*, del Instituto Tecnológico de Costa Rica, Cartago, volumen 8, n° 2, diciembre 1995, pp. 26-32.

¹¹ Expresión leída en *El País*, Madrid, 20.3.97.

Pero precisamente, ¿qué es el inglés, sino una de las diversas evoluciones lingüísticas que, aparte de indudable aporte germánico y propio, en gran medida se basa en la filtración de lenguas clásicas como el latín y el griego, y eso por vía directa como por medio del francés que le tocó la puerta a partir de la Batalla de Hastings, en 1066? El asunto, entonces, es ver y palpar a diario que ese inglés, como el francés y el español (lenguas imperiales que precedieron), sacan hondas raíces en el latín; no es cuestión de palabritas, sino asunto de estructuras mentales, de valores: porque por último, lo crucial ya no es construir vastedades territoriales, sino un mundo humano y humanista para todos, más allá de colorcitos de piel. Como sea, que este imperio, por favor, del signo político que sea, en la línea del gran emperador Adriano¹², respete los aportes lingüísticos enriquecedores. Lo importante era, es y será el espíritu de apertura, de complementariedad lingüística, cultural y simplemente humana: el epígrafe al presente texto, de mano de un educador costarricense preclaro, resulta ilustrativo al respecto.

8. “Sic transit gloria mundi”, incluyendo el latín

Sectores específicos del Vaticano se esmeran en mantener la vivencia y hasta la vigencia del latín, no solo a nivel de una actualización de léxico, sino mediante revistas en el idioma de Cicerón¹³. La perspectiva resulta loable bajo múltiples puntos de vista, al mismo tiempo que tiene mucho de utopía. En la práctica no es fácil, pero como sea, parece más viable que ciertos empeños por crear o mantener con respiración artificial idiomas con aun menos base real en la actualidad, como el esperanto y otros. Subsisten a veces curiosos restos, como aquel distintivo comercial “Non plus ultra”, de una línea de buses en Bogotá, por lo demás incomprensible para la mayoría, que incapaz de remontar en diacronía al citado Carlos V. En su tiempo se erigió la capital colombiana, todo bajo su lema imperial de “Plus ultra”, por cierto, giro idiomático que a su vez ha de entenderse a partir de su negación, como reza la frase del bus, frente a las columnas de Gibraltar.

Pero la tendencia es hacia el declive absoluto, síntoma ya previsible hace medio siglo, en los mismos estamentos eclesiásticos con el *aggiornamento* del Concilio del Vaticano II y con el pragmatismo entendido un tanto estrechamente de que, salvo contadas excepciones, ya no se enseña ni los rudimentos de latín o de griego en la secundaria. Por doquier pululan abundantes residuos, desde el lenguaje futbolístico (tal equipo que juega *versus* el otro), hasta en la docta lengua especializada de más de uno (*por ende, a priori, a posteriori,...*) pasando por recordatorios a veces no por más anodinos, menos sorprendentes: un *etc.* interminable.

De verdad, estertóreos, sin más, son aquellos nombres de universidades privadas, como en Costa Rica, al estilo de *Veritas* y de *Fidelitas*, cuyo significado ignora mucha gente y por ello pone de manera ridícula el acento tónico donde no corresponde: recuerdan el mismo triste espectáculo de quienes desconocen que no es lo mismo “caritas ven” que “*Caritas* hacen”. Otro signo de inexorable atardecer es la incorporación, como en esa tendencia a poner acentos hispanos a cantidad de latinismos: *per cápita*, *Alma Máter*,... Como simple cursilería, o casi, sobrevive aquel enigmático *R/* de *recipe* en ciertas recetas médicas.

¹² Sugiero al respecto mi trabajo: “Margarita Yourcenar: lectura global-universal de sus *Memorias de Adriano*”, aceptado para publicar en *Espiga*, revista de la UNED, Costa Rica.

¹³ Más detalles, en *Zenit*, órgano digital del Vaticano, 11 junio 2004.

Pero como veremos, la importancia por los siglos de los siglos (*per secula seculorum*) del latín no anida en esos residuos o apariencias, sino en una esencia oculta. También aquí, “los muertos que vos matáis gozan de buena salud”: una huella indeleble del latín impregna y connota todas las lenguas occidentales, incluyendo por supuesto el inglés (y explícitamente, entre otros el famoso *e.g.*). Por lo demás, paralelo a aquel atrevimiento de que “mi reino no es de este mundo”, no tiene sentido, aunque sea por añoranza, redimir el latín imperial. El esfuerzo tiene que ir hacia los valores, los significados subliminales que prevalecen o que se puede crear, y no en los significantes momentáneos.

Hijo de una educación clásica no soy yo el que va a renegar su aporte, en el manejo de conceptos, en la agilidad formal-memorística que conlleva. Es cuestión de formación: lamentablemente, en esta sociedad dominada por la imagen, nada negativa en sí, solo que sobre-explotada en términos comerciales, particularmente hedonistas, poco importa, para muchos, ignorar qué significa *sic, idem* y tantos signos verbales valiosos, forjados no el último cuarto de hora, sino desde la época de esos clásicos, pasando por Gutenberg. Pienso también en *ibid., ibidem*. Resulta además una cuestión de trasfondo cultural, de profundidad de mirada, la de los ojos, del intelecto y del corazón: cuando a cierta dama alguien la saludó con un todavía sonoro *Ave Maria*, no fue que evocaba un pájaro. Claro, ocurrió hace más de dos mil años, cuando *Stella* era una estrella, y no una marca de cerveza belga. Y el *fiat*, que ella contestó, no se refería precisamente a una marca de carros. En esta época llamada postmoderna, categoría interpretativa válida, como no, se observa con preocupación esa tendencia juvenil a utilizar un término por el efectismo “inmediatista”, tirando por la borda toda perspectiva más allá de ayer, menospreciando toda jerarquía, con la concomitante falta de valores.

Sería un absurdo abandonar por completo la formación “clásica”. Conviene recuperar el latín y el griego (como, dicho sea de paso, el sánscrito, etc.), en tanto idiomas e instrumentos de conocimiento, pero entendámonos en la cuestión del grado y del enfoque. En el caso que nos ocupa: como la sal, moderadamente. No tiene sentido ya ocupar la mitad del tiempo colegial en pesado aprendizaje “clásico”, por lo menos para las grandes mayorías. Sí definiendo categóricamente la ventaja y hasta la superioridad que genera, dentro mismo del aprendizaje de cualquier lengua, empezando por la materna, un enfoque de sensibilización etimológica y connotativo como el que sugerí en páginas anteriores. A riesgo de caer pesado y pedante, recomiendo que sea *cum grano salis*, con un granito de sal. Con un poco de sal, la comida sabe mejor; igual el idioma, por lo menos para el universitario y el hombre culto en general.

9. De la *civitas* a la *city*: más allá de formas, un espíritu

No me angustia la “traición”, la sustitución de una etiqueta latina por otra, inglesa, dentro de las palabras entrecomilladas en el presente título. Más me preocupa –y me ocupa– la pérdida o la ganancia del concepto abstracto detrás: el de ciudadanía. Por mucho que descuidemos el estudio del latín y del griego, el enlace lengua-visión de mundo que dejaron en todas las lenguas occidentales se ha vuelto imposible de negar. Es como el código ADN, en el plano lingüístico. No afirmo la inmovilidad semántica de los términos; al contrario, con Hjelmslev valoro el aporte histórico que toda palabra conlleva y así, a como existen “palabras gastadas”, ahuecadas, otras o las mismas se van cargando de nuevos significados¹⁴.

¹⁴ José Figueres, en Costa Rica, editó un precioso librito con ese título, hace décadas: presintiendo ya,

Es el caso de una triada de términos –democracia, policía y civilización– que se gestaron y se vivenciaron hace más de dos mil años, en sendas lenguas ahora “muertas”, pero que con la ayuda de la etimología y las ciencias sociales actuales, quiero poner sobre el tapete. La primera data de tiempos de Pericles y tuvo su asiento en la Atenas clásica. Pero grandemente imperfecta resultó esa “democracia”, sobre todo viéndola con ojos del siglo XXI, porque en la práctica marginaba grandes sectores, como todo el que no era estrictamente ateniense, metiéndolo en un saco roto, excluyente, como *metoiko*, foráneo, y en seguida sin pensar siquiera que las mujeres podían tener igual que los varones una capacidad de raciocinio y un desempeño como partícipes en la construcción de esa supuesta democracia.

El segundo polo deriva de la famosa *polis* griega que sustentaba precisamente esa estructuración del poder. La idea “policía” en este caso se refería no tanto a la fuerza pública que mantiene el orden aunque sea de manera coercitivo, sino que propugnaba la co-existencia, el seguimiento colectivo de reglas, escritas o no, para el funcionamiento del bien común: rastros de esa definición prevalecen en la *politesse* francesa y en lo que sea *politically* correcto en inglés. Calco latino de ello lo constituye, como tercer polo, el conjunto de vocablos en torno al núcleo paralelo de *civitas*, en todas las lenguas influenciadas por el latín. En español, refiere a ciudad, ciudadano, civilismo y civilización; todos abundan en una misma característica: el individuo, precisamente por ser libre pero también por la señalada con-vivencia ha de respetar al otro individuo, en la misma comunidad.

Los tiempos han cambiado, desde luego, y mucho, desde cuando el citado Cicerón defendía un concepto de ser humano con probidad, culto e integral, la *humanitas*, en el marco del comportamiento civil y civilizado en la *urbe*, con urbanidad, como le llaman odaza ahora. Pasando por la *Civitas Dei*, de Agustino, hemos cambiado de la *polis* griega a las grandes metrópolis de ahora. En nombre de esa herencia clásica, impregnada por valores cuyo estandarte, en Occidente lo llevó el cristianismo, aspiro a que, en aras de la política ciudadana que se impone para el siglo XXI, practiquemos, por ósmosis que sea, de un componente democrático y humanista que evidencia la etimología: que el prójimo es también aquel que vive en la “proximidad”.

quizá, dolorosamente, que como ocurre en esos años del siglo XXI, la democracia en este país resulta seriamente ahuecada.